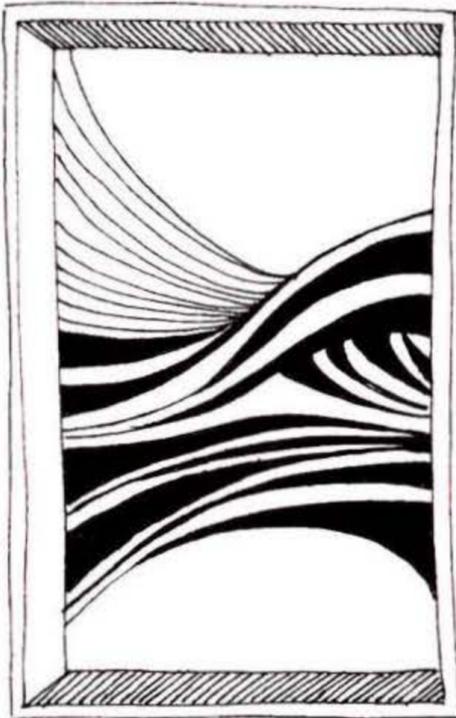


Afortunadamente, Collazos no comete el error de caer en el estereotipo de la modelo estúpida:

No era una profesión fácil. La liebre saltaba a cada rato en el camino. Aprovechados que les ofrecían la gloria con la intención de que ellas cumplieran en la cama. Si había una profesión en que la envidia era mortal, era ésta. El cuerpo tenía que estar a cada instante del día socorrido por la inteligencia o la astucia. No era cierto lo que se decía, que ellas eran solamente carne de muñeca sin nada en el cerebro. La inteligencia vivía agazapada detrás del cuerpo, inteligencia y cuerpo debían abrirse paso para no dejarse arrebatarse lo conseguido. Aspiraban cien pero sólo una se quedaba. [pág. 108]

Podría decirse que el autor pinta a las modelos como mujeres lo suficientemente inteligentes para sobrevivir en el mundo de la moda, pero no tanto como para hallar ideales propios con qué sustituir a los que brinda la sociedad enferma.



No hay sorpresas al final. Hacia la mitad de la novela tenemos ya suficientes pistas como para saber quien mató a la modelo. No sabemos los detalles relativos al cómo y el porqué, pero sospechamos que éstos no distarán demasiado de aquellos por los que cada año mueren miles de colom-

bianos... Sin embargo, leemos con placer esta novela de Collazos hasta el final. Y la razón es que, como demuestra *La modelo asesinada*, no toda novela policiaca debe tener un Sherlock Holmes o un Hercule Poirot para ser interesante y absorbente. A veces, cuando los acontecimientos en un país superan en dramatismo a la Inglaterra victoriana, es mejor tener un observador crítico, un Raúl Blasco, un simple ser humano que, a pesar de la salvaje crisis social y personal que lo acorrala, intenta que la justicia alcance a los culpables al menos por una vez.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Un "bárbaro sensible"

Nada importa

Álvaro Robledo Cadavid

Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 2000, 156 págs.

Es difícil no convertir a *Nada importa* en un libro emblemático de una generación. Todas sus características parecieran conspirar para que el lector considere el texto como reflejo de una realidad que abarca a todo un grupo generacional: la juventud extrema del autor, la novedad de un género prácticamente inexplorado en Colombia, una tendencia hacia lo global que se aleja del tradicional parroquialismo nacional.

La historia que este joven autor nacido en Medellín en 1977 nos plantea es la de una búsqueda que transcurre en tierras sajonas, por lo que la referencia al Santo Grial resulta inevitable. Pero si los caballeros de la Mesa Redonda buscaban el Grial para salvar a Arturo, los héroes de esta narración van en busca del granero donde Jethro Tull tocó *rock* por primera vez, simplemente porque es una buena excusa para ir a algún lado. Como los tiempos han cambia-

do, hay que hacer algunas concesiones. Por ejemplo, la castidad de Gawain le impediría disfrutar el viaje y el lector tendría que estar verdaderamente desorientado para buscar caballos en esta historia: la "bestia" de estos caballeros modernos es un Ford Mustang del 74 que recorre la campiña galesa a 130 kilómetros por hora.



El protagonista y narrador en primera persona es un joven colombiano que conoce en un bar de Oxford a Walt, un gigante danés, de una forma bastante particular:

Me acercaba, pues a mi puesto en dicho pub, con una pinta de cerveza en la mano, cuando veo a este animal de casi dos metros, completamente borracho y agarrándole las tetas y besándole el cuello a una rubia que bien podría ser una vestal de película de Ginger Lynn. Me aproximé hasta la mesa y yo le dije tranquila pero sólidamente que se quitara de ahí porque ése era mi lugar, sin saber de dónde había sacado la fuerza para decirselo, pues siempre he sido un cobarde. [...]

Salimos y el tipo se cuadró como si fuéramos a boxear o alguna mierda por el estilo. Yo no entendía nada y lo único que hice fue abalanzarme a morderle la oreja y a intentar ahogarlo. De donde yo venía, lo de pelear sólo con los

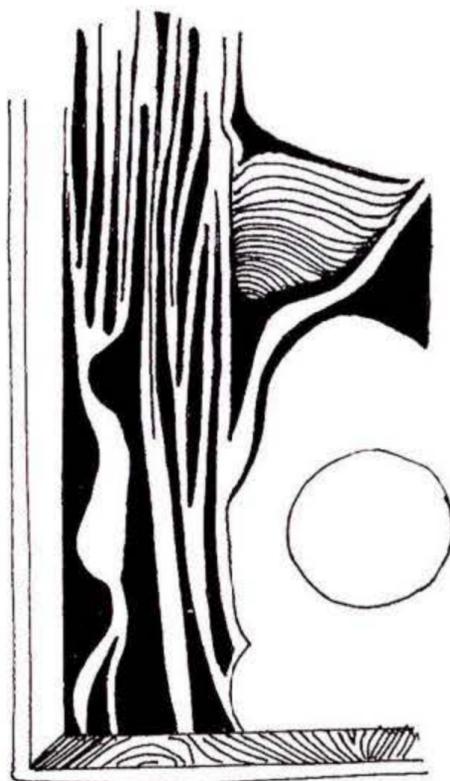
puños era cosa de imbéciles. El tipo gritaba y forcejeaba como un endemoniado. La gente pasaba y no decía nada, era como si estuviéramos celebrando algún aniversario de la caída nazi o un partido de fútbol o algo por el estilo. Finalmente logró lanzarme lejos pues tenía la fuerza de un yak. Todavía ahora no sé cómo logré conectarle un buen par de golpes, de pronto es que el azar sí existe después de todo, y por eso él lograba encontrar su nariz con mi cabeza o su estómago con mis puños; de todas maneras el tipo era indudablemente más fuerte que yo y me reventó la cara. Me logró inmovilizar con una especie de abrazo, que terminó siendo un abrazo real, mientras el tipo se cagaba de la risa y yo nunca supe bien de qué se reía, pues yo estaba bastante cabreado, cuando nos encontramos entrando al bar abrazados como hermanos, riendo como hienas. [pág. 12]

Tras este sólido pacto de amistad, hacen planes etílicos de irse a Praga a conocer a una checa, muy parecida a Sofía Loren (“—Te lo juro, hombre, es su vivo retrato. Los mismos labios carnosos, ese pelo que huele a fresas y un par de tetas que hay que ser un Atlas para sostenerlas. ¡Tres kilos cada una! ¡Y que me caiga muerto si estoy mintiendo!” [pág. 15]). Luego de esto, Walt lleva al narrador a su apartamento, donde encuentran a un hombre con complexión de boxeador, otro danés amigo del anterior, hundido entre las lágrimas porque precisamente en ese momento acaba de enterarse de que murió la checa retrato de la Loren.

—Pensaba casarme con ella, pero la gran zorra prefirió morirse —y ahí dejó caer la cabeza sobre mi hombro y se quedó dormido. —Este es Thomas Weneger, mi amigo —me dijo Walt secándose las lágrimas y entrando al baño a lavarse la cara. [pág. 18]

Posteriormente el relato tiene muchas más situaciones, entre ellas la

búsqueda sagrada de Jethro Tull, pero ya entonces, a sólo veinte páginas de haber comenzado el libro, encontramos el que será el ingrediente principal de la novela: la amistad entre estos tres (a los que luego se unirá Nick, el dueño del Mustang del 74, que es sin duda el personaje más opaco del libro). Además, en este mismo punto ya sabemos cuál será la ubicación espacial más importante de la novela: los bares, que se repetirán en distintas ciudades a lo largo de las páginas.



Finalmente, tenemos una muestra de los dos puntos que separan drásticamente esta novela de la mayoría de la literatura colombiana contemporánea: los múltiples países que participan de una forma u otra dentro del relato —de tal manera que las fronteras pierden importancia—, y el hecho simple de que la violencia puede ir unida a la ternura. Ambos puntos, de más está decirlo, resultan casi heréticos en buena parte de nuestro ambiente literario. Por dos razones: la primera es aquella tesis de que el escritor debe estar comprometido con la tierra que le vio nacer (el “rescate de lo nuestro” es una obligación y no una opción); por lo que está bien visto que un norteamericano o un escocés escriban sobre Bogotá, pero no que un colombiano escriba sobre París. La segunda razón es que, inmersos en

la violencia cotidiana, puede resultar no sólo extraño, sino chocante para muchos, el que el autor, en vez de mostrar el lado más amargo y cobarde de la violencia, afirme que ésta puede ser a veces sólo un juego, que llega incluso a generar una amistad.

La valentía de Robledo al romper con estos dogmas es ya de por sí una razón para leer la novela. Pero hay razones con mayor peso todavía para leerla. Entre ellas la forma en que está escrita. El narrador en primera persona, ideal para sumergir al lector en el relato de una experiencia que parece autobiográfica, es aprovechado en todas sus posibilidades, que van desde la presencia de mil divagaciones a lo largo de la novela, hasta el socorrer a la verosimilitud cuando ésta cojea. Por otra parte, la estructura narrativa misma es sumamente libre; múltiples saltos temporales y cambios de ambiente parecerían amenazar la línea narrativa, pero de un modo u otro Robledo se las ingenia para que, increíblemente, esta estructura casi completamente deshilvanada funcione. Todo esto combinado con un estilo que transmite la misma frescura que si se tratase de un diálogo entre el autor y el lector.

Sin embargo, hay también desaciertos. Por ejemplo, las múltiples citas y referencias le restan fuerza al narrador, pues a veces no parecen cumplir otra función que demostrar la erudición del joven autor; el abuso de un estilo en que se pretende escribir como se habla extravía a veces al lector; los toques de trascendentalidad son sólo roces que no llegan a mayor profundidad y, finalmente, el eterno ambiente de bares y mujeres conduce a que la narración se haga repetitiva a partir de cierto punto. Aun así, es una novela que se disfruta y arrastra al lector hasta el final.

La “literatura del camino” es un género casi completamente inexplorado en Colombia. El narrador de *Nada importa* recuerda, por supuesto, más a Bukowski que a Kerouac. Sin embargo, más aún que mirar al pasado y encontrar referencias conocidas, lo interesante es observar

que en esta novela se encuentra presente un credo que podría representar el de una buena parte de la generación de jóvenes de la clase media colombiana: "Mientras podamos follarnos a una tipa, tengamos cervezas y amigos, todo irá bien. Ésa era nuestra simiente de aquellos días, la simiente de tres tipos que se creían rudos y que sentían tener la verdad entre las manos, y por Dios que la teníamos" (pág. 19).

Es este credo de quienes podríamos llamar "bárbaros sensibles" el que explicará muchas de las situaciones del relato: el que la meta se vaya difuminando sin que a nadie realmente le importe; el hastío que se mezcla con la añoranza; las mil mujeres y el millón de cervezas que serán consumidas por los tres amigos.

Vale la pena hacer hincapié en ese innegable machismo que probablemente a más de una lectora incomodará. No sólo porque esa cacería de mujeres en los bares parezca ser una marca generacional que no podía faltar en la novela, sino porque es otra similitud con el medievo, junto a la búsqueda del Grial y aquella violencia que es el origen de la amistad entre los héroes. Como los caballeros medievales, los tres amigos de la novela parecen distinguir muy claramente entre la mujer terrenal y la ideal, posible sólo en la imaginación.

Me agradaba mucho esta mujer. Era linda, olía muy bien y era bastante lúcida, si eso es posible decirlo. Era una de esas mujeres que te recuerdan que no todas las mujeres son unas cerdas, ni unas imbéciles, ni unas perras; era de la clase de mujeres que jamás estarán contigo, porque son demasiado inteligentes como para hacerlo. [pág. 55]

Al final, el fondo de *Nada importa* no parece más que una constatación del hecho terrible de una generación que llegó a un mundo carente de ideales inmaculados, de ideales que no hayan sido previamente ensuciados por quienes los predicaron. De este modo, la nostalgia indefinida que se siente en múltiples páginas,

no es otra que aquella nostalgia de imposible de la que hablaba Camus: esa nostalgia del artista que no sabe dónde hallar una verdad y tiene entonces que crearla. "Quizás mi pronta lectura de los clásicos me hizo creer que las ilusiones, aunque absurdas, nos servían para permanecer en este mundo, un mundo en el cual no sólo debíamos estar, sino en el cual debíamos pararnos firmemente. Una permanencia de verdad, donde siempre tuviéramos nuestra cabeza en alto, la espalda recta, las piernas firmes y el corazón bien puesto en el pecho" (pág. 23).

Más allá de las apariencias, esta novela no merece ser juzgada como una obra superficial. A pesar de todas sus fiestas, licor y mujeres, su propósito parece ser la tarea casi imposible de contradecir la aseveración del título, en nuestra época de terror y vacío. Al final la moraleja que parece afirmar Robledo es tan simple como valiosa: *Nada importa...* Pero existe la amistad.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Al final: un sabor a duda

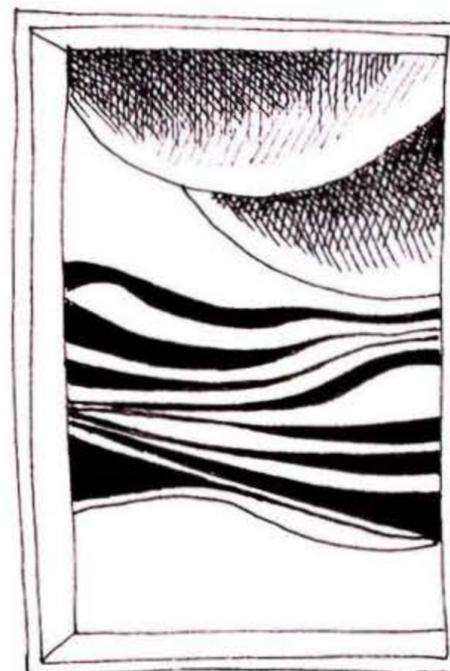
Sobre la tela de una araña

Ricardo Silva Romero
Arango Editores, Bogotá, 1999,
229 págs.

Desde hace ya varios decenios se ha venido hablando de la crisis del límite. Ya no se sabe muy bien qué es arte y qué no lo es. La publicidad comenzó a aproximarse de tal forma a las manifestaciones y expresiones artísticas, que ya la distinción no resulta tan clara.

La literatura, por su parte, comenzó a utilizarse como documento histórico; la literatura también es historia. En el campo de la arquitectura, el límite se comenzó a desteñir con la aparición de los medios de co-

municación masivos; sobre todo, con la televisión. La distinción entre lo privado y lo público tomó un nuevo sentido, cuando se comprendió que el adentro y el afuera debían replantearse, en cuanto conceptos arquitectónicos, gracias a los efectos que producía la televisión en el espacio-tiempo.



En general, se presenta una falta de claridad entre lo que algo es y lo que ese algo no es. En lo cotidiano lo vemos en la confusión de géneros. Muchos hombres han decidido traspasar el límite, y de seguro más de un promiscuo se ha llevado una desagradable sorpresa.

Pues bien: todo esto viene a colación a propósito de *Sobre la tela de una araña*. El libro reúne trece relatos. Un número interesante y peligroso. Al leerlo, se presenta la confusión del límite entre un texto de cuentos y una novela contemporánea. Entre un relato y otro aparecen y desaparecen personajes de las historias anteriores. Sin embargo, a pesar de que haya cierta continuidad en ese aspecto, no se puede afirmar lo mismo respecto a un tema.

Parece más bien como si el texto se extendiera cada vez más, como una tela de araña. Sin embargo, el hilo de la tela no es claro. No hay un único hilo sino nudos, puntos de encuentro en donde una historia y otra coinciden.

Las historias son las de los personajes. Son las personas las que arman la historia. Así, en la medida en